

## Vargas Llosa, un Premio Nobel contra la moral degradada por la codicia

SE LO MERECE más que nadie. Cuando contraté sus artículos, hace más de 30 años, para la agencia Efe, era ya un Premio Nobel. Todavía lo fue más al incorporarse durante largos años al ABC verdadero. Allí escribió artículos saga-



CANELA FINA

LUIS MARÍA ANSON

ces, despiojados de insultos y agresividades. Ganó el Premio Mariano de Cavia y pronunció un discurso memorable en la cena tradicional del periódico. Otoño tras otoño, octubre tras octubre, yo apostaba para el Premio Nobel por el autor de *Conversaciones en la catedral*, el que supo cantar la tibia belleza virgen en *La fiesta del chivo* y las lágrimas escarchadas en los ojos de la adolescente púber; el que escribió teatro sobre el laberinto de la tristeza y al que admiré también como actor junto al prodigio de Aitana Sánchez-Gijón. El Premio Nobel le llega, en fin, en plena madurez creadora. Debió recibirlo antes pero le quedan muchos años por delante para disfrutar de un galardón que completa el Rómulo Gallegos, el Cervantes y, sobre todo, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, en cuyo Jurado estuve junto al inolvidado Fernando Lázaro Carreter. Tengo la suerte de compartir comisión con Vargas Llosa en la Real Academia Española. Habla siempre desde la sencillez y la autoridad. En aquella difícil Casa todo el mundo le quiere.

He tenido ocasión de comprobar el verano pasado durante un largo viaje la presencia y la penetración de Mario Vargas Llosa en el mundo internacional de la cultura. Es, sin duda, el escritor en español más influyente tanto en América como en Europa y Asia. Frente a los extremismos de unos y los aspavientos de otros, Mario Vargas Llosa es la moderación, la ecuanimidad, el equilibrio,

la comprensión, la liberalidad, el buen sentido. Y también la firmeza de ideas.

Blanca Berasátegui, en una entrevista publicada en *El Cultural* hace un mes –menudo scoop–, sentó al lector no sólo junto al novelista de éxito sino, sobre todo, junto al hombre preocupado por la degradación moral y cultural que, según él, nos conduce al abismo.

«Hay un tipo de estupidez contemporánea que tiene mucho que ver con la cultura audiovisual de nuestro tiempo», afirma Vargas Llosa. La pequeña pantalla ha sustituido al púlpito dominical de siglos pasados. En el mundo occidental, los sacerdotes católicos moldeaban la conciencia colectiva cada domingo. Ahora, los presentadores de televisión impregnan la vida ciudadana de ligereza insustancial, aunque yo no generalizaría, como hace Vargas Llosa, porque las excepciones en televisión no son pocas y recuerdo ahora el espléndido formato que presentaba Octavio Paz en la Televisa del tigre Emilio Azcárraga.

El nuevo Premio Nobel se ha sentido horrorizado al estudiar la colonización belga del Congo en su esfuerzo por documentar seriamente su nueva novela, *El sueño del celta*. Bélgica se retiró del enorme país africano en el siglo XX sin dejar egresados de la Universidad. Vargas Llosa sabe muy bien que en su país, Perú, la España colonizadora –a pesar de sus defectos, que fueron múltiples– había puesto en funcionamiento en Lima, y a mediados del siglo XVI, una espléndida Universidad creadora. El novelista hace ahora belleza y pensamiento con la palabra pedernal que llevaron a América los colonizadores españoles. Conrad habría escrito de otra forma *El corazón de las tinieblas* si se hubiera detenido en la obra cristianizadora de los españoles y portugueses, tan ávidamente estudiada por mi maestro Arnold J. Toynbee, el inmenso filósofo de la Historia, el hombre más inteligente que he conocido a lo largo de mi dilatada vida profesional.

«Detrás de la crisis financiera –le dice Vargas Llosa a Blanca Berasátegui– hay

una moral degradada por la codicia. Y esa es una forma terrible de incultura». Tiene razón el escritor. Es el regreso a la caverna. No se puede resumir en menos líneas, y tan certeramente, el espectáculo atroz que estamos viviendo. La codicia del beneficio económico lo vertebraba todo, mientras se ahonda la brecha entre las naciones ricas y las pobres. En 1974, Toynbee pronosticó que entrábamos de forma irremediable en una III Guerra Mundial no convencional, la guerra de la inmigración y el terrorismo. Y ahí estamos. El pensamiento político y social pontificio, tan desconocido para el autor de *La tía Julia y el escribidor*, recorre caminos parecidos.

«Yo creía –afirma Vargas Llosa refiriéndose a España– que el gran éxito de la Transición había sido enterrar las rivalidades, la intolerancia, pero veo que no estaban tan enterradas...» Y eso le produce al novelista mucha preocupación. Piadosamente, Vargas Llosa no se refiere al error zapateresco de la memoria histórica que hurga en una herida aún sin cicatrizar. Eso lo entendió muy bien Felipe González, que ha sido el gran hombre de Estado del siglo XX español como Antonio Cánovas del Castillo lo fue del XIX.

No hay nadie, en fin, que hable en español y que tenga tanta influencia cultural e intelectual, también política, como el autor de *Travesuras de la niña mala*. En eso ha desbordado a Gabriel García Márquez. Blanca Berasátegui supo expresar en la entrevista de *El Cultural* hace un mes casi todo el zumo que atesora el novelista peruano y que guarda en su avatar sin que nadie pueda gustarlo salvo a cuentagotas y en casos excepcionales. El Premio Nobel se ha enriquecido con la literatura ávida, con el pensamiento vertiginoso, con la ignición de las metáforas de Mario Vargas Llosa, para satisfacción grande de todos los que le leemos y admiramos.

Luis María Anson es miembro de la Real Academia Española.